

EL VALOR DE LA VALENTIA



MUCHOS se preguntan las razones del fenómeno llamado "El Cordobés". ¿Es posible resumirlas? Todos aquellos que no vivimos la "fiesta" más que en muy raras ocasiones, pensamos en "El Cordobés" y tendríamos también derecho a especular sobre este fenómeno. Como muchos han dicho, la cuestión trasciende de los cosas y su dimensión es mayor que lo que cabe en ellos. Decía D'Ors, hablando de la pintura, que un cuadro es arte verdadero cuando lo que está dentro del marco es más importante que lo que está fuera de él. Pues bien: con "El Cordobés" ocurre algo semejante. Si el torero, o el hombre, es mayor que el marco que lo encuadra hay que ocuparse de él.

Nos ocupamos de él cuando se desvanece la imagen de este joven postrado en una cama del Sanatorio de Toreros y el percance sufrido en la tarde del veinte de mayo será solamente un flash, una imagen instantánea pero inolvidable. Todas las demás imágenes —su postración en el hospital, la literatura de las entrevistas, el cloroformo y la historieta— son episodios y arrabales de una simple y elemental imagen: la de este joven que literalmente agarra, vencido, al toro por los cuernos, sobre la arena mojada. No era la muerte lo que estaba allí, no era propiamente la muerte. Resulta demasiado simple en esta ocasión la teoría del juego con la muerte, de la que se nutre una parte de la literatura sobre los toros y los toreros. En realidad, aquella tarde, en aquella instantánea no se enjuiciaba a la muerte. Lo que se enjuiciaba era el valor.

Quizá si que sea posible resumir las razones del fenómeno llamado "El Cordobés". Para muchos, un enorme sector de gentes entre las cuales se cuentan todos los que no entendemos la "fiesta" pero acudimos a ella, el acontecimiento del valor, personificado y en pie, justifica una devoción radical. La arena se convierte entonces en la peana de ese símbolo, cada vez más escaso en un mundo domesticado por el confort. Uno de los secretos del auge de la "fiesta" y de su poder de seducción sobre el público, depende de este asunto. La calidad de una persona será, en cierto modo, igual a su coraje. Se vale si se es valiente. La significativa ambivalencia de los términos "valor" y "valer" debiera hacernos pensar que los simplemente buenos no valen para la multitud tanto como los corajudos. En la literatura, en el arte, en el cine de hoy, valer y valor se confunden de nuevo. El fenómeno de "El Cordobés" se produce porque en su figura se atestigua de una vez la sinonimia de esos dos conceptos.

Eso es lo que de "El Cordobés" está en los ruedos: el coraje, un coraje ideal que para si quisieran en principio los que le ven y que a todos nos espeluzna y nos seduce. Pero además se templa esta figura, fuera de los ruedos, con la aureola social de la bondad, de la generosidad y del desprendimiento, hasta crear en conjunto, en poco tiempo, la síntesis de un mito.

Pocas veces la leyenda habrá tardado tan poco en cuajar. Nada sugestionaria tanto como el ensueño. ¿Y no es un ensueño la trayectoria de este modestísimo chaval, encumbrado a todas las glorias a la velocidad del sonido? Muchacho inominado, por su valor salta al éxito social y económico más fulgurante y puede entonces manifestar lo que sería el ideal de todos aquellos que, con la ambición de poder y de mando, pasan años y vidas desmenujados en infinidad de lances que erosionan su moral inicial; los cuales consiguen, al fin, después de mucho pelear, penar y pecar, una situación estable. En "El Cordobés" no hay nada de eso, sino algo que sería el ideal de cada uno: ser potenciado por coraje, sin más medios que la cara, un traje de luces y un inmenso valor; y todo ello sin ennegrecerse en la turbia marejada de la vida, sin renunciar a la honestidad, expandiéndola luego generosamente y cuando todavía se es un muchacho. Todas estas condiciones y circunstancias explican el fenómeno de "El Cordobés". Ya no se puede hablar de un torero, hay que hablar de un ideal humano.

Pero, por lo visto, "El Cordobés" no es, por tanto, una figura del torero.

Es algo más o algo distinto: "El Cordobés" es, sin calificativos, sólo —y nada menos— una figura. Si "El Cordobés" fuera una figura del torero hoy le discutirían los entendidos como a tal, sin salirse de los términos mismos que sirvieron para enjuiciar a las grandes figuras en otros tiempos. Manolete fue una gran figura del torero. En él se prefiguraba su trágico fin, la última muerte del hombre ante el toro. Ante Manolete uno tenía la sensación de que el torero disimulaba su valor, lo sublimaba y lo reconstruía. Había una ponderación cerebral que convertía la tragedia en arte, medido y sobrio, pero alucinante. "El Cordobés" es, por el contrario, intuitivo y directo. Parece que no quiera dominar al toro sin mezclarse con él. Es imposible razonar sobre el friso esculpido de manera tan vehemente y mágica. Nos ha parecido que todos los toreros, hasta ahora, al situarse en el centro de la plaza, tenían la sensación muy firme de que la figura del torero era allí, en aquel instante, el toro. Y así es, probablemente; y en la pugna entre los dos grandes dioses de la fiesta, es el torero el que se dispone a invalidar, por una serie de supremacías, el planteamiento inicial. En sus históricas "espantás", "El Gallo" argüía, ya en el callejón: "Lo que queráis, lo que queráis, pero... ¿cómo me miras!" El arte de Manolete consistía en que el espectador no tenía nunca la impresión de que se hallaba ante dos fuerzas iguales, sino diametralmente opuestas. En "El Cordobés" son dos fuerzas telúricas las que, más que combatirse, se mezclan. La desgarrada imagen de "El Cordobés" en el suelo de la plaza y el toro entre sus piernas ha sido la definición gráfica de este planteamiento.

No tenemos ni conocimientos específicos ni autoridad para ponderar los méritos profesionales y artísticos de "El Cordobés"; pero nos parece que si la gente pretendiera asistir simplemente a la fiesta de los toros hubiera hecho de Antonio Bienvenida, con su maestría en la tarde en que mató seis toros en Madrid, el ídolo incuestionable del momento. Pero no se trata de "ir a los toros" sino de "ir a la vida". Es el impulso vital lo que nos acerca a "El Cordobés"; el impulso vital en su trance más crítico, aquel en que precisamente se juega la vida.

"no tengas miedo"

¿Cómo debe de ser la convalecencia del torero? Esa muerte buscada, esa muerte regateada sólo a medias, ¿no es acaso para ellos un personaje amigo, que entra y sale del ánimo, al que se da una cita para después, a quien no se dice nunca "adiós" del todo?

Los no valientes —los que no valemos, los de algún modo inválidos—, no podemos imaginar la salida de los ruedos más que como una prolongación de la agonía vital, con el espectro de un toro negro que cruza constantemente por el ánimo y embiste el sueño, cornea la vigilia, pisotea el silencio.

No obstante, ellos, los valientes, no dejan vivir a ese toro que cruza por la vida cotidiana; anudan la corbata, sorben su café o el chato de vino, dialogan, sonríen... Dejan muerto al toro hasta la otra vez.

Es posible que para ellos el gran debate de la vida y de la muerte, que para el hombre occidental tiene un planteamiento filosófico, se reduzca y se simplifique en una sola acción. Quizá el lance de los toros sea el esquema de la desintelectualización absoluta. Quizá la antítesis de Hamlet sea "El Cordobés".

¿Por qué esa urgencia en descubrir la posibilidad de la existencia de otras vidas en el cosmos cuando aún nos queda por dilucidar aquí ese fondo de vida ignorada, ese misterio que circula entre nosotros, con nuestra misma andadura y anatomía?

Antes de entregar a Moisés las tablas de la ley —y perdonen la cita—, Dios se dio a conocer así: "No tengas miedo". Esos personajes nos dan a todos los demás la impresión de ser de los pocos que entonces escucharon. De ahí que algunos de ellos puedan producir en los demás una impresión tremenda.

Si ello no fuera así merecería la pena el considerar que la fiesta nacional es verdaderamente de una barbarie insólita e inútil. Mas en una época intelectualizada, dubitativa, utilitaria y sin héroe, el "impacto" que produce a veces tiene un valor de símbolo.

Lo cierto es que cuando "El Cordobés" se incorpora y da unos pasos ya hacia la normalidad, parece que se recupere también una zona confusa del mundo. El torero sonríe ante Hamlet y le dice: ser.